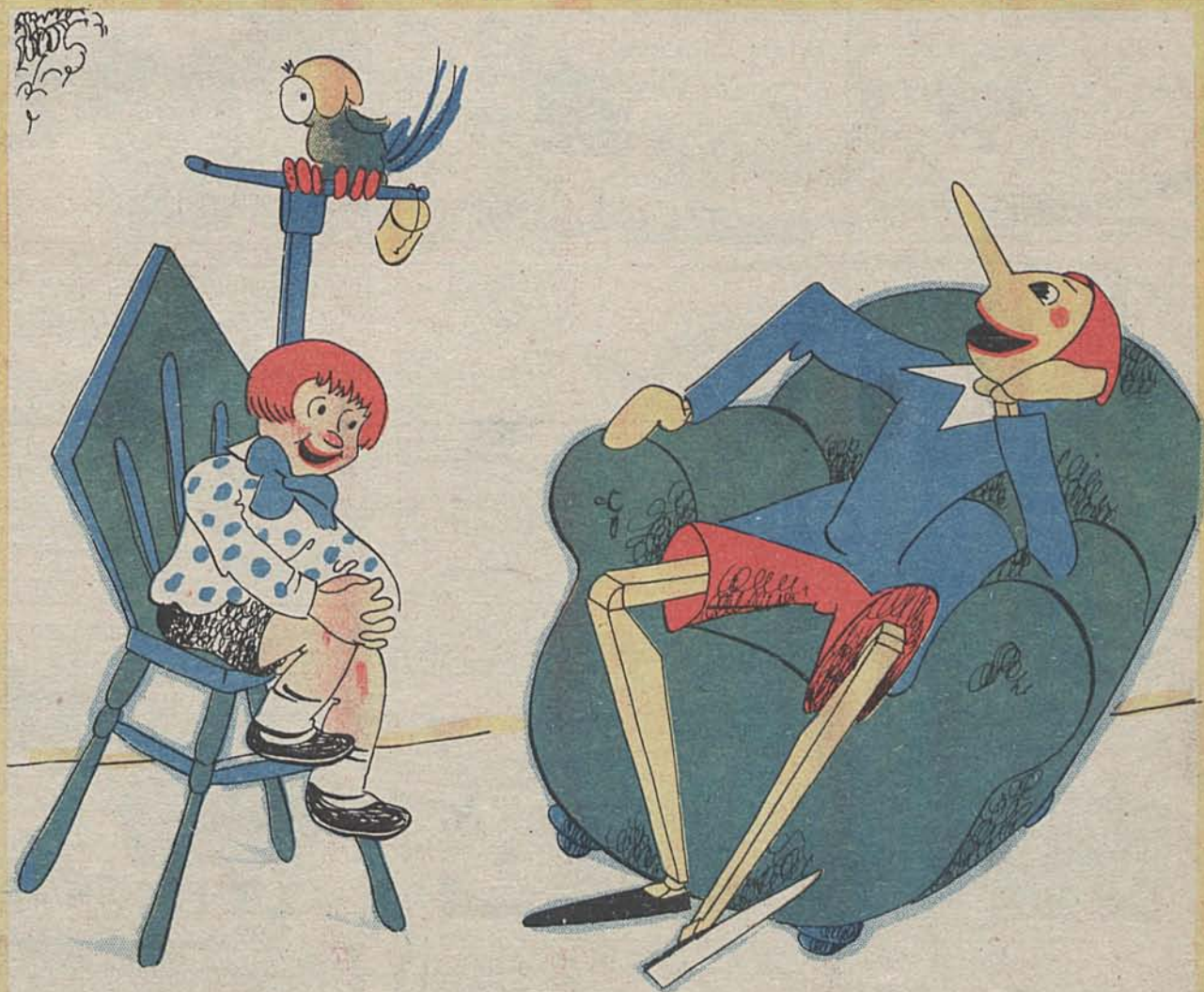


PiNOCHO

AÑO VI
NUM. 273

25 cts

25 MAYO
1930



- ¡SI SE TE RESISTE TOMAR LA MEDICINA, TÓMALA PENSANDO QUE ES UN BOMBÓN!

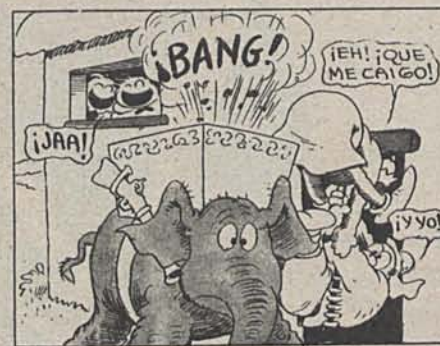
- ¡MEJOR SERA TOMAR UN BOMBÓN, PENSANDO QUE ES LA MEDICINA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR
C. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

pudo. En el *Red-Sea-Hotel* no quedaba, pues, más que Hodgsonfield, porque el otro,

aquel alemán cuyo nombre no consigo recordar, había ya marchado también para la Colonia del Cabo. Yo seguí a Hodgsonfield a Bombay, supe hacerme amigo suyo y me fué así facilísimo ponerle en condiciones de no poder proseguir su viaje en algún tiempo. Todo esto lo sabe usted ya. Me fuí entonces a Calcuta con intención de continuar en seguida mi viaje a China para reunirme a Armagnac quien justamente en aquellos días habíame teleografiado que creía estar sobre las huellas de Larouchy. Pero el hombre propone... y la ocasión dispone. En Calcuta, la ocasión era magnífica: el *Zenit*, el célebre diamante indio, podía llegar a ser propiedad mía particular. Cosa que me fué factible gracias a aquella genial sustitución de personalidad que en tantos malos pasos ha puesto a su amigo de usted. Pero como no hay rosas sin espinas—¡ay! ¡la implacable exactitud de los viejos refranes!—aquella fortuna que me consolaba un poco de haber tenido que renunciar al aderezo de la duquesa de Whiteland, me la emponzoñó la más imprevista e inoportuna de las consecuencias. Yo, que no me acuerdo de haber estado nunca malo, que no he tenido nunca ni siquiera el leve desarreglo del más

leve dolor de cabeza, fuí atacado por ciertas terribles fiebres palúdicas que me tuvieron, cayendo y levantando dos buenos meses en la choza de un cazador de tigres del alto Ganges donde me había refugiado después del golpe y desde donde contaba pasar a China sin demora. Vea usted: esa ha sido su suerte; porque si hubiera podido reunirme con Armagnac y Fayollet, las cosas habrían pasado de otro modo. ¡Bah! Al fin y al cabo, mejor es así.

—¿Y es usted, usted mismo el que lo dice?

—Yo, yo mismo. Porque yo he sido el primero en alegrarme de que al fin se pudiese hacer justicia.

Al pronunciar estas palabras, Kōwaes alargó una mano hacia la mesa de despacho, y del estuche de los cigarros cogió uno de éstos y se lo llevó a la boca. Verdaderamente maravillado de tal acto confianzudo, por uno de esos impulsos de puro espíritu imitativo que se realizan mecánica y casi inconscientemente, yo hice lo mismo. Kōwaes entonces, que estaba ya encendiendo su *manila*, se inclinó hacia adelante, extendió la mano hasta mi cara y cortésmente me ofreció el minúsculo fuego.

—Gracias—dije, aspirando las primeras bocanadas de humo—Es usted muy amable.

Mi visitante nocturno sonrió. El pliegue sarcástico de la boca reapareció más marcado y expresivo; todo el semblante pareció afectado de aquel gesto algo amargo, de aquella actitud burlona.

—Pero si la justicia hubiera de pesar las responsabilidades de cada uno de los cómplices— continué yo, tanto por decir algo como por hacer cesar aquella sonrisa ambigua—según usted sería Fayollet el menos condenable como menos culpable.

—Seguramente; y eso no por mérito suyo: es demasiado pusilánime para ser capaz de hacer el mal... Armagnac, en cambio... ese sí; no sabe qué son los escrúpulos ni qué significa el remordimiento. Pues ¿y el otro, Foichant? ¡Valiente bribón! ¡Siento realmente que aún no le hayan podido poner la mano encima!

—Ayer mañana fué detenido en Nápoles. Me lo han comunicado desde Milán por teléfono esta tarde.

—¿De veras? ¡Lo celebro con toda mi alma!

—Permítame; una última información. Dígame usted, por favor: ¿cómo se las hubiera usted compuesto para impedir que la confesión de Larouchy fuera recogida por nosotros, sin recurrir a esas violencias que tanto le repugnan?

—¡Oh! de una manera muy sencilla e inofensiva. Además de los papeles que me interesaban, me habría llevado conmigo al propio Larouchy y le habría ocultado en cualquier otro país distante. Si en realidad se hubiera hallado al término de su vida, me habría yo impuesto el deber de asistirle hasta su última hora; si no, habríale dado por compañeros a dos enérgicos compadres míos que se hubieran encargado de hacerle olvidar la veleidad de traicionar a sus amigos de otro tiempo. ¡Y eso es todo! ¿Acaso no estaba privado de libertad, y por toda la vida, uno que en nuestro negocio no había tenido ni culpa ni pecado? Pues bien: la misma pena podía infligirse en sus últimos días a aquel

que, después de embolsar doscientos mil francos quería hacer daño a los que le habían dado medios de medrar tanto.

—¡Es extraña la justicia... personal de usted! Pero, por su parte, ¿qué piensa usted hacer? ¿no teme usted nada por sí mismo?

La sonrisa ambigua, el pliegue sarcástico reaparecieron. Fijé mis ojos en los de mi interlocutor que me parecían chispear con pérfida alegría; hice por formular otra pregunta; pero algo como una densa nube ondulante me oscureció la vista, las paredes y los objetos de alrededor trastornáronse de pronto a mis miradas en la penumbra confusa, la luz verde de la lámpara de pronto dió dos o tres agónicos jadeos, y se extinguió en los dinteles vacilantes de mi conciencia que acabó por entenebreecerse del todo.

Cuando recobré el sentido, me encontré en la cama, tanto que al pronto creí haber soñado.

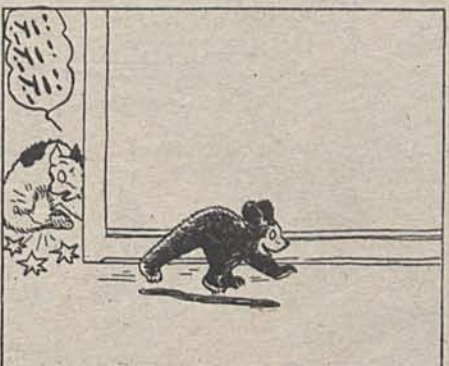
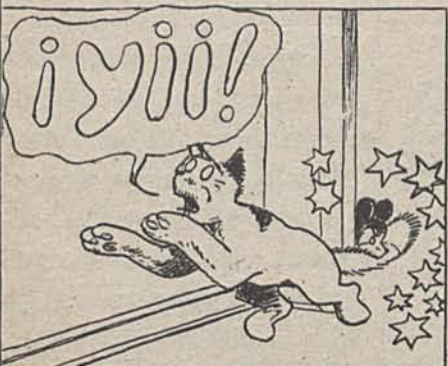
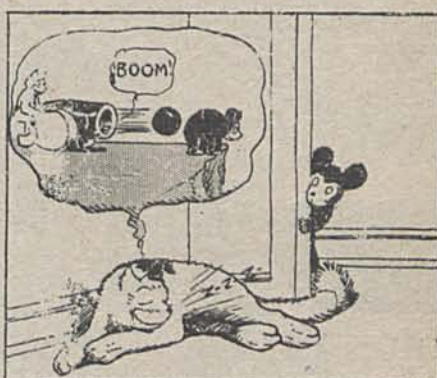
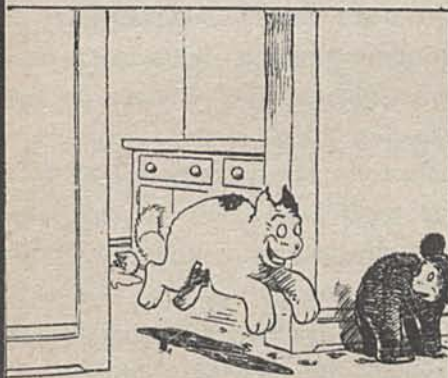
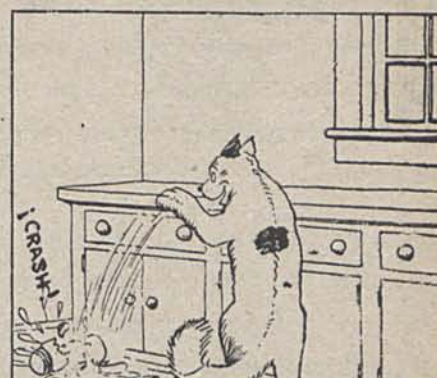
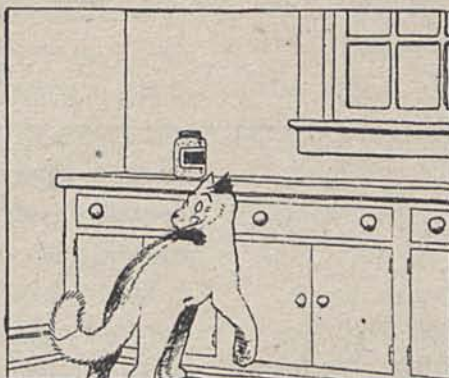
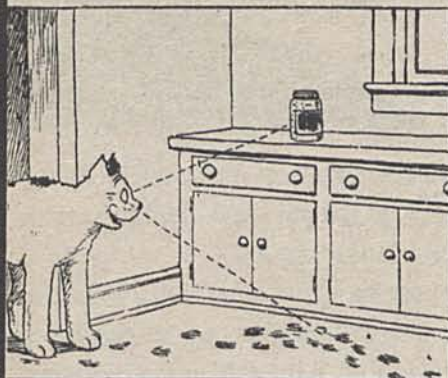
Pero, bien abiertos los ojos y disipada un poco la niebla que aún empañaba mi cerebro, ví la habitación invadida por gran número de personas que reconocí paulatinamente una por una. Eran, Cayetano, inclinado sobre mí como al acecho de mi despertar, Enríque y el abogado Galiano, rígidos al pie del lecho, y a mi lado un señor de traje oscuro, el comisario de policía, y el doctor Resquedan, mi médico de cabecera; eran, además, otros amigos y compañeros, que acudían a adquirir noticias mías. ¡No había yo soñado por consiguiente!

—¡Vaya, por fin vuelve en sí...! ¿Cómo está usted? ¿Cómo se siente?—me preguntó el médico, poniéndome una mano en la frente.

(Continuará en el próximo número)

ANITA

BUEN-CORAZON





LOS PIRATAS DEL REEF

(Continuación)

banco de arena con tal violencia que les quitó toda esperanza de poderle poner a flote.

El choque había sido tan violento que toda la arboladura cayó sobre el puente con estrépito horroroso y fué un verdadero milagro si no mató o malherbió a alguno de los pobres marineros.

Las olas durante toda la noche combatían furiosamente al pobre barco como si quisieran demolerlo y

lanzar al agua a sus tripulantes: pero poco después de salir el sol cesó el viento casi de improviso y sucedió una calma relativa.

El capitán después de hacer una visita minuciosa por todo el barco y de comprobar que el casco estaba en excelente estado no habiendo por el momento ningún serio peligro que temer, dió algunas horas de permiso a sus marineros para que descansasen pues apenas se podían ya tener en pie después de una noche de tanto trabajo y fatiga.

Se retiró a su camarote para descansar él también un poco, cuando el hombre que estaba de guardia en el castillo bajó precipitadamente al cuadro de popa gritando:

—¡Señores, levántense, que vienen los marroquíes!

—¿Los rifeños quizá?—dijo el capitán sobresaltado y lanzándose fuera del lecho.

—No sé si serán ellos con seguridad, pero no son europeos, porque llevan albornoces blancos y fusiles de cañón muy largo.

El capitán que conocía bien el lugar donde había naufragado su navío y que conocía la audacia de los rifeños subió en seguida a cubierta y vió cuatro grandes chalupas tripuladas cada una por una veintena de hombres que se dirigían a toda prisa remando hacia el barco.

Le bastó una sola ojeada para saber con qué clase de personas tendría que entenderse. Se trataba en efecto de aquellos terribles bandoleros de la costa marroquí no menos peligrosos que los que pululan por el archipiélago malasio.





—Son los rifeños—dijo el capitán palideciendo—. Esos bribones vienen para saquear el barco y llevarnos prisioneros.

Mandó a todos sus hombres que subiesen a cubierta. Advertidos los marineros del peligro que les amenazaba se apresuraron a subir al puente y entre ellos tomaron consejo sobre lo que habían de hacer. Los más jóvenes proponían la lucha y los más viejos la rendición en vista de que a bordo sólo contaban con tres carabinas y algún revólver en tanto que sus asaltantes disponían de más de ochenta fusiles y otras tantas pistolas.

—Muchachos, resignémonos a nuestra suerte—dijo el capitán—. Si intentamos oponer resistencia a esta canalla nos asesinarán a todos con poco trabajo. Además debemos antes enterarnos de cuales sean sus pretensiones,

Las cuatro chalupas que tenían un buen número de remeros, al cabo de un cuarto de hora llegaron junto al navio y el capitán de los piratas, un viejo alto de barba larga y blanca y un turbante enorme sobre su cabeza se puso a gritar en tono amenazador mientras sus hombres cargaban sus largos fusiles de chispa.

—¿Quién de vosotros es el capitán? Contestad o mando en seguida que os hagan fuego.

El capitán que conocía muy bien el árabe se encorvó sobre la borda del castillo y respondió:

—Yo soy. ¿Qué quieres tú viejo *tabib*?

—Que os rindáis sin oponer resistencia—respondió el jefe.

—Pero nosotros no somos enemigos tuyos, somos pobres marineros a quienes la tempestad ha lanzado contra este banco de arena y que nunca han hecho daño alguno a las gentes del Riff.

—Sois cristianos, y para nosotros, que somos mahometanos, es como si fuerais nuestros adversarios—respondió el viejo sacando de su ancha faja una reluciente cimitarra y una pistola.

—¿Quieres nuestro barco? Tómallo con todo lo que contiene con tal de que nos dejes marchar a Tánger.

El jefe sacudió la cabeza y con una risotada dijo:

—¿Crees que soy un estúpido, cristiano? A quien quiero es a vosotros porque valéis una buena cantidad de duros que pagará vuestro Gobierno por rescataros. ¡Basta! Rendíos y no opongais resistencia si queréis conservar salvas vuestras cabezas.

(Continuará en el próximo número).





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHÉ Y D. TURULATO



YO QUIERO UN MERENGUE, DON TURU.
NIÑO, CALLATE Y NO PERTURBES EL
RISUEÑO SILENCIO DE LA MAÑANA



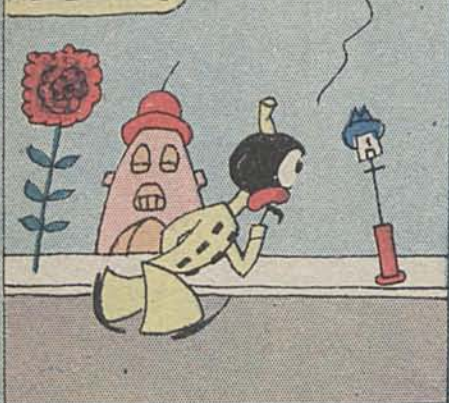
¡YO QUIERO UN MERENGUEEEEE!
¡A MI, PLIM! POR MUY GARROTINES-
CO QUE TE PONGAS, NO HABRÁ
MERENGUE



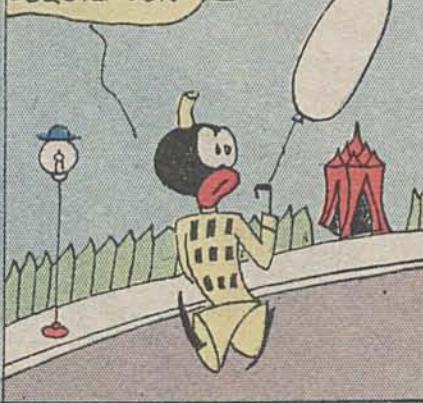
¡HE DICHO QUE NO! ¡Y QUE NO!
LOS MERENGUES SOLO LOS TO-
MAN LOS NENES CUANDO ESTÁN
MALITOS Y TIENEN QUE SUDAR



A UN SERVIDOR, COMO TIENE ESTA
POCHEZ DE TALENTO SE LE ACA-
BA DE OCURRIR UNA IDEA JAMÓN
PARA QUE ME ATRAQUEN DE
MERENGUES



EN ESTE GLOBO DE GOMA ESTÁ
MI SALVACIÓN.
VOY A PONERME DE MERENGUES
COMO EL CHICO DEL
ESQUILADOR



ESTE INVENTO MIO PARA CO-
MER MERENGUES VA A CAUSAR
SENSACION EN TODOS LOS PAI-
SES CIVILIZADOS



¡AY, DON TURULATITO! ¡NO SABE USTED
QUE DEBILISIMO ESTOY! ME DAN UNOS
MAREOS A LA CABEZA QUE NO SE... NO
SE...!



¡MERENGUES!! ¡MERENGUES!! ¡QUE
SE ME VA LA CABEZA!



TOMA MERENGUITOS, RICO MIO, A
VER SI SE TE PASA ESE MAREO.

¡PÓNGALOS ENCIMA DE LA ME-
SA Y VÁYASE A LA CALLE. NE-
CESITO ES-
TAR SOLO





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

LA GRATITUD DE UN LEÓN

La gratitud es buena, mis queridos y curiosos lectorcitos, aun cuando venga de parte de un león; mas no por que leáis estas páginas vayáis a meter las manos por entre los barrotes de la jaula de una fiera, porque éstas, no entienden de bromitas, y pueden, de un zarpazo o un mordisco, haceros polvo los dedos. Los animales feroces están bien en el desierto en plena libertad, y, cuando los traen para acá, están mejor bien enjauladitos para que no se puedan meter con nadie. Así, pues, os recomiendo que cuando oigáis rugir a un león, aullar a un lobo, trompetear a un elefante y, si me apuráis un poco, bufar a un gato, os coloquéis a prudente distancia; pues si el miedo es una debilidad fuesta, y el valor una cualidad envidiable, no es valor, sino necedad buscar un daño seguro sin utilidad para nadie.

Ahora, ¡escuchad la siguiente historia:

Había en una colonia africana de la antigua Roma un esclavo llamado Androcles, el cual, cansado de su dura suerte, decidió fugarse de casa de su amo. La determinación era peligrosa, porque los esclavos fugados sufrían una encarnizada persecución, ya por medio de las tropas, ya por jaurías de perros adiestrados, que los cazaban como a fieras. Además, una vez cogidos, eran irremisiblemente condenados a muerte.

Pero Androcles no vaciló, y, aprovechando un descuido, internóse en el monte, ocultándose en breve en la espesura. Huyendo siempre, y buscando sitio en donde descansar, halló una caverna bastante espaciosa, y en la cual penetró resueltamente.

Apenas había reposado de su larga caminata, cuando un formidable rugido le despertó, y un momento después penetraba en la gruta un espantoso león que avanzaba penosamente por tener herida una de las garras. La fiera no hizo nada contra el desgraciado Androcles, y, recostándose a su lado, mostró la zarpa, en la cual tenía clavada una gruesa espina. Vaciló un momento el esclavo; pero, impulsado por la caridad,

acercóse al león, y con la mayor delicadeza le extrajo el cuerpo extraño que tanto mal le causara; vendóle luego la herida, y el animal quedó tranquilo, lamiendo cariñosamente la caritativa mano que le había curado.

No paró aquí el agradecimiento del león, pues todos los días salía de caza, y, al volver con una buena presa, la ponía a disposición del fugitivo.

El miedo del esclavo era tal, que no atreviéndose a franquear la entrada de la gruta por temor a que le sorprendieran los grupos de soldados que le perseguían, se mantuvo durante muchos meses en compañía de la fiera, único ser de quien había recibido expresivas muestras de leal afecto. Porque además de que no comía nada el león sin antes ofrecérselo a Androcles, por la noche se ponía a la entrada de la caverna y vigilaba con gran cuidado para evitar una sorpresa.

Algunos tigres hambrientos, olfateando la carne humana, se habían aproximado a la guarida del león; pero éste daba un rugido amenazador o dos oportunas dentelladas, y las terribles fieras huían desprovistas, dejando en paz al valeroso rey de la selva.

Pasó algún tiempo, y Androcles, separándose de su amigo, trató de llegar a su país, pero en el camino fué preso por los soldados romanos y llevado más tarde a Roma, con el objeto de que fuese echado al Circo y allí destrozado por las fieras, sirviendo su muerte, con la de otros muchos, de recreo a aquella gente feroz, que veía perecer a sus semejantes con un entusiasmo parecido al que tienen en las plazas de toros los aficionados a esta diversión.

Llegado el momento, fué Androcles llevado al Circo con otros muchos desdichados.

Presenciaba la bárbara fiesta todo el pueblo de Roma, que llenaba las gradas del Coliseo; las diversas localidades se dividían con arreglo a las clases sociales, porque la entrada era gratis, y convenía que cada cual ocupara su puesto. Los senadores, los *quirites* o caballeros, en una palabra, todas las jerarquías





de la sociedad, tenían su puesto señalado, sin poder mezclarse unas con otras. El Emperador y su familia ocupaban la presidencia, y desde allí dirigían

el espectáculo.

Unas veces se trataba de una lucha de fieras, otras de una lucha de hombres, y, por último, en muchas ocasiones, se arrojaba a los animales feroces los condenados a muerte por diversos motivos.

Los hombres que luchaban entre sí hasta darse muerte, se llamaban gladiadores. Cuando uno de estos caía herido por el otro, el público decidía de su suerte; si les era simpático, extendían los espectadores el puño cerrado con el dedo pulgar hacia arriba, y entonces se le retiraba de la arena, llevándole a la enfermería para curarle. Pero si el desgraciado vencido no había sabido conquistarse las simpatías de los romanos, éstos, al verle en el suelo, extendían el puño cerrado con el pulgar hacia abajo, y el infeliz era rematado en el acto por su vencedor.

Los cristianos, en más de una ocasión, fueron echados a las fieras. Hombres, mujeres y niños, a los cuales se les imputaba como delito el creer en nuestra sacrosanta religión, regaron con su sangre, ennoblecida por el martirio, la arena del circo romano. Aquellos mártires, cuyo ejemplo quedará perpetuamente como modelo de fe, morían entonando cánticos religiosos y mirando al cielo, donde minutos después recibían la preciada recompensa.

A uno de estos bárbaros sacrificios fué destinado Androcles. Encerraron a todos los sentenciados en una gran habitación que daba acceso a la arena. Sonó la terrible señal, y una gran placa de hierro enrojecido los empujó hacia el sitio de su muerte.

Una espantosa gritería saludó la aparición de aquellos desgraciados en la arena del Circo; aquel pueblo bajo y corrompido se agitó en un espasmo de feroz alegría, y hasta las mujeres avanzaban el cuerpo por temor a perder algún detalle del repugnante y cruel espectáculo, queriendo sorprender la última mirada o el último gesto angustioso de los que morían.

Agrupáronse los cristianos en el centro de la arena, y allí rezaron con fervor, aguardando

valerosamente la muerte gloriosa que les había de abrir de par en par las puertas del Cielo. Sonó una fatídica señal, y multitud de hambrientos tigres y leones saltaron sobre los indefensos seres humanos destinados al sacrificio.

El espectáculo, como se ve, fué horrible: los más, puestos de rodillas, recibieron el martirio, y en un momento las hambrientas fieras hicieron pedazos a los destinados a morir. De pronto se hizo un silencio de muerte, y a poco se levantaron atronadores gritos de admiración. ¿Qué había sucedido? Que en medio de la arena del Circo un hombre permanecía incólume, merced al esfuerzo de un magnífico león de encrespada melena que, puesto a su lado, le defendía valerosamente de las demás fieras.

Como habrán adivinado los lectorcitos, este león era el que fué curado en la gruta por la mano de Androcles; reconoció a su amigo entre todos, y le salvó valerosamente la vida.

Impresionado el Emperador, que presenciaba el espectáculo, por aquel hecho tan extraordinario, hizo que fuera sacado Androcles del Circo y que se le regalara el león que tales pruebas de gratitud le había dado. Contó Androcles la historia del suceso, y después, libre ya de la esclavitud por gracia imperial, salió llevando a su lado el león, sujeto solamente por una correa.

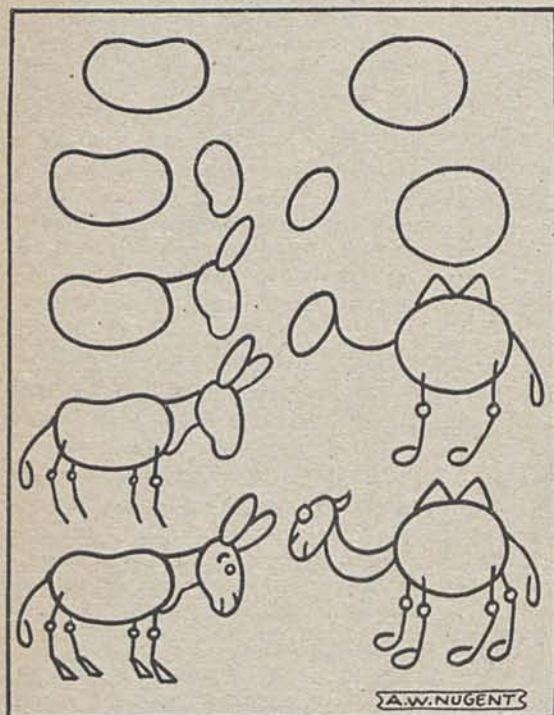
Este suceso aparece consignado por el historiador romano Aulo Gelio, y demuestra claramente que nunca es perdido el bien, aunque se practique con las fieras.



PASA PASAR EL RATO



TODOS DIBUJANTES



Un burro y un camello son una cosa muy seria.
O mejor dicho son dos cosas muy serias.
Los dos son igualmente pacíficos y útiles para el hombre.
Hoy vamos a dedicar todos nuestros afanes pictóricos a estos dos animalitos.

Vamos a dibujarlos, vamos a recrearnos con los vigorosos trazos que salgan de nuestros lápices.

Afilad bien el lápiz y contemplad después el modelo adjunto. Como veréis es muy sencillo, muy fácil...

Un poco de cuidado y hacéis una obra de arte casi sin daros cuenta... ¡La vista es la que trabaja!

Un ejercicio muy bueno y que os servirá para afianzar vuestro golpe de vista y la seguridad de vuestro pulso es el de, después de mirar un rato el modelo que os adjuntamos, intentar trazar lo visto, rápidamente y sin tener el dibujo delante.

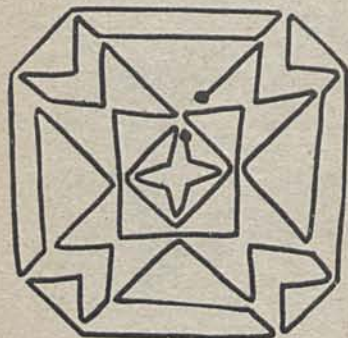
Conseguiréis con el tiempo resultados maravillosos...

Afilad pues, repito, los lápices y a trabajar, a trabajar como locos, para que por donde quiera que vayáis con vuestros pinceles, dejéis en muy alto lugar el pinochismo.

Os presento, queridos amigos, una figura extraña. Extraña y original.

Claro está que con una regla y un compás crearíais vosotros en seguida una figura tan original o más, pero no se trata ahora de eso.

De lo que se trata sencillamente es de que intentéis dibujar esta misma figura pero sin levantar el lápiz del papel, y sin pasar dos veces por el mismo sitio.

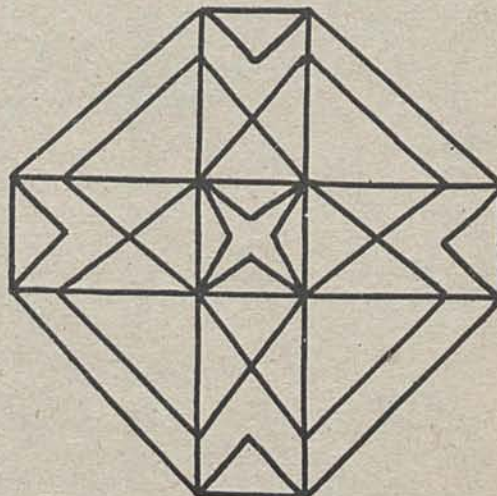


La cosa es difícil.

A un amigo que se llama Menéndez-Trapillo le dió un ataque de locura pretendiendo resolver tal dificultad...

...Y hasta otro día...

LA FIGURA EXTRAÑA





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué quieres saber hoy, curioso Chonón?
—Hoy traigo el tema de nuestra charla envuelto en un papel, mi querido buho.
—Dirás escrito en un papel.
—No; escrito, no, envuelto. ¿Ves este envoltorio? Pues tú no sabes la de cosas que se encierran en él. Tómallo y examínalo.
—¡Pero qué es esto, Chonón! ¿Un reloj?
—Ya no es ni reloj siquiera. Lo ha sido, pero mi curiosidad, armada de un destornillador y unas pinzas lo ha dejado en el lamentable estado que tú ves.

—Y no falta ninguna pieza.
—Absolutamente ninguna. He tenido mucho cuidado en no perder nada. Todo cuanto tenía el reloj está ahí.

—Entonces no pierdas la esperanza de tener reloj otra vez. Todo es cuestión de paciencia, de destornillador y de pinzas.

—¿Pero tú te atreverías a reconstruir el reloj otra vez?

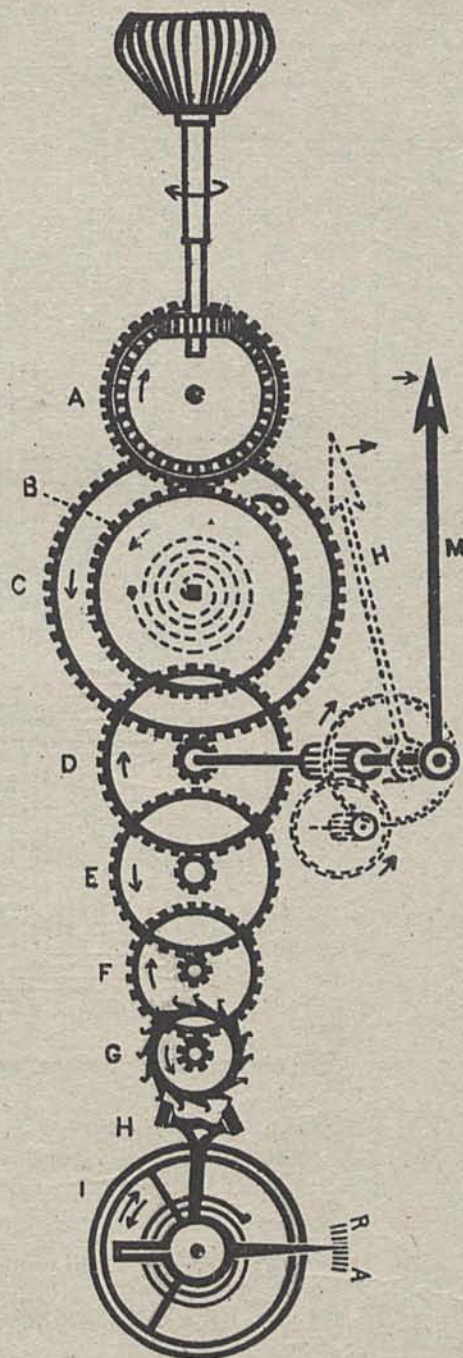
—Qué duda cabe. Si no falta nada no es difícil volverlo a montar. Fíjate en lo que voy a hablarte y verás que es bien fácil comprender el mecanismo de un reloj. Para que lo entiendas mejor voy a designarte con letras cada una de las piezas. Cuando se da cuerda a un reloj con la manecilla que figura en la parte superior del dibujo que ilustra nuestra charla, se hace girar la rueda A, la cual por medio de su engranaje hace también dar vueltas a la rueda B que es una especie de tambor en cuyo interior se encierra un fleje de acero que es lo que se llama la cuerda del reloj.

—Lo que le hace andar ¿no es eso?

—Justamente. Este fleje, que tiene la forma de una espiral, al girar la rueda B se enrolla sobre el eje central de dicha rueda y por el temple del acero con que está hecho tiende a desenroscarse, y por tanto, a hacer girar la rueda que lo aprisiona en sentido contrario al que lo enrolló. Pero la rueda B no puede girar hacia atrás porque se lo impide una pequeña uña que sirve de tope a los piñones del engranaje tan pronto la rueda tiende a retroceder. Más, en cambio, la rueda grande C puede girar en sentido de retroceso y ésta es la que en realidad inicia la marcha de la maquinaria del reloj ya que sobre ella actúa la fuerza de la cuerda de acero. Una vez puesta en marcha esta rueda hace a su vez girar a las ruedas D, E, F y G cada una de las cuales, por medio de los piñones de su engranaje exterior actúa sobre el piñón central de la siguiente.

—Oye, querido buho, ¿y para qué son necesarias tantas ruedas?

—Para que el desarrollo de la cuerda se haga de un modo gradual y regular, pues si no hubiese tanto engranaje intermediario el desarrollo se efectuaría de un modo brusco e irregular y de ningún modo podría servir para señalar la marcha del tiempo. Las ruedas que te he citado van siendo cada vez de



menor diámetro y, por lo tanto, van girando con velocidad mayor. No obstante esta articulación de ruedas, el desarrollo de la cuerda sería muy rápido y absorbería en un instante la fuerza del resorte motor si la última rueda, la G, llamada rueda de escape, no fuese contenida en su marcha por un dispositivo llamado áncora, señalado en el dibujo con la letra H. Este dispositivo actúa como freno, apoyándose alternativamente a la derecha y a la izquierda sobre los dientes de la rueda de escape. A su vez, los movimientos de balanceo del áncora están guiados por la rueda I y por el volante que va sujeto a su eje, volante que es en realidad el moderador de todo el movimiento mecánico del reloj. Si este volante, constituido por una espiral de acero, está muy enrollado sus balanceos serán más rápidos y por tanto el reloj marchará más de prisa, y por el contrario, si está más desenrollado sus movimientos serán más lentos y el reloj marchará más despacio. Para regular la marcha lenta o acelerada hay una aguja que enrolla o desenrolla el volante según se lleve a la dirección R o a la A.

—Esas letras R y A las he visto yo en todos los relojes y después de tu explicación deduzco que la primera significa retraso y la segunda adelanto ¿verdad que sí?

—Exacto. Y vamos ahora a saber cómo se mueven las manecillas que señalan las horas y los minutos. La rueda D tiene una rotación calculada ya de tal forma que da una vuelta completa cada sesenta minutos.

—Esa es la manecilla del minutero.

—Así es, en efecto. En una hora da la vuelta a la esfera. La otra manecilla, por virtud de un conjunto de engranes, que se pueden apreciar en la parte derecha del dibujo con trazos de puntos, gira con una velocidad doce veces menor y, por lo tanto, mientras la primera da una vuelta completa a la esfera, esta sólo recorre la distancia que hay de una hora a la siguiente.

—Esta es el horario.

—Claro que sí. Pero no tiene importancia que lo hayas acertado porque si la una era el minutero, la otra, por silogismo, tenía que ser el horario. Eres un hacha, querido Chonón.

—Bueno, lo que quiero yo ahora es que me reconstruyas el reloj, y si vuelve a marchar como antes, entonces sí que te llamaré hacha, amigo tu buho.

—¿Tienes ahí el destornillador y las pinzas?

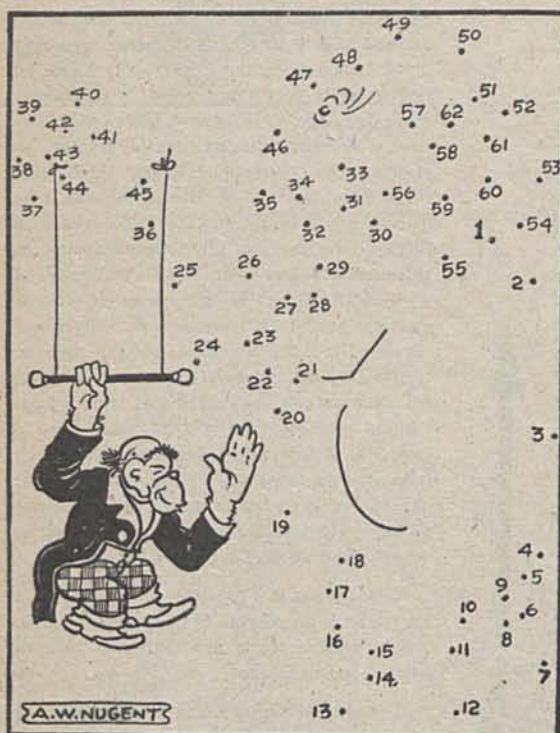
—Aquí están.

—Deja, pues, que me cale las gafas y... paciencia, mucha paciencia.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

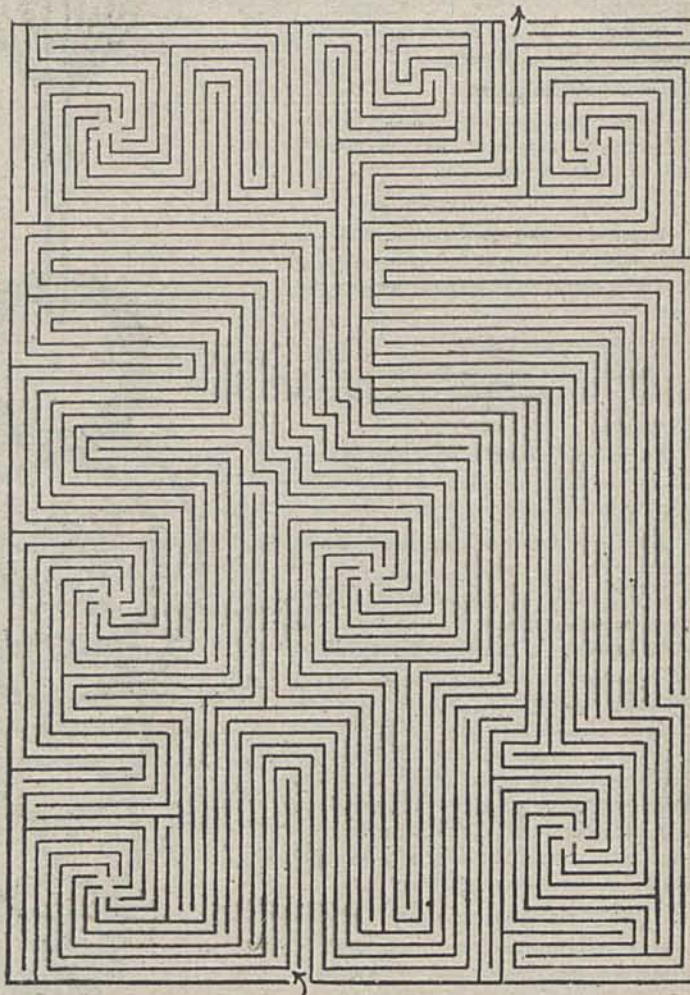
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL ALEGRE MONO



¿De dónde está colgado este mono? — diréis.
Y yo os contesto:
— Trazad líneas de número a número siguiendo el orden correspondiente y lo sabréis.

LOS SUBTERRÁNEOS DEL CASTILLO



En un castillo de Francia existían unos subterráneos que— ¡Bueno! ¡Para qué os voy a contar!—eran una tontería de subterráneos.

¡Como que el que entraba en ellos era muy difícil que volviera a salir! ¡Difícilísimo! Hasta que un día un joven aragonés—, Benito Motetes—logró entrar y salir sin dar ni siquiera un tropezón...

¿Podéis indicar vosotros cuál fué el camino seguido por Motetes?

Las flechas os indican por donde entró y por donde salió.

DIBUJO CON ERRORES



¿Cuántos errores hay en este dibujo? Pues nada menos que diez.

¿Y cuáles son?

¡Ah! ¡Eso ya son otros López...!

Eso lo tenéis que averiguar vosotros.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



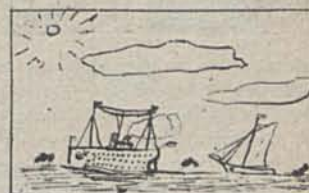
Alquería.—Estanislao Chaves



Pinocho
Antonio Pellico



Un guardia
F. Lur-breras



Paisaje marítimo.—J. Garendell



Retrato.—T. G. Dorrell



Paseo matinal.—E. Pérez



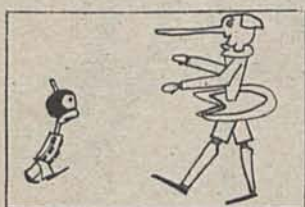
Don Turulato.—Reushaw



Asunto decorativo
Manolo Martín



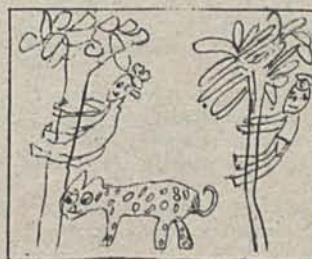
Odette Núñez.—Rifia



¿Y don Turu?—Está durmiendo
Luisito Sanz de Andino



Un faro.—Antonio Valcárcell



Sálvese el que pueda
José Luis Echániz, 6 años



Mi muchacha con su novio
M.ª del Carmen Echániz



Un cow-voy.—José Acosta



El canal de mi país
por Ramón G. Pérez



De caza.—P. Pino



Mi amigo Pinocho
Jorge Camps



Un jarrón
Pilar Paz Campos



El Huracán
Manuel Eguren



Mi amigo por
un desconocido



Clavelitos
Carmen Sanz
7 años



Un cocinero
I. Palacio



Félix
Luisa Villamil



Un tren.—Vicente Mommenen



SECCIÓN PIRULA

Charles de Pirula... bordadora

Las lenguas y los bодоques

¿Conocéis el cuento de las lenguas de Esopo? Bueno, os advierto que no es cuento, sino que ha sucedido de verdad; ahora que yo lo llamo cuento

porque así parece que debe de ser más bonito ¿no? además, como ese señor Esopo vivió hace tanto tiempo—nada menos que seis siglos antes de Nuestro Señor—pues las cosas tan lejanas parecen cuento aunque hayan sido realidad.

El tal Esopo era, como no ignoráis, un escritor griego; escribía unos cuentecitos en verso muy graciosos de esos que se llaman fábulas y de los cuales habéis aprendido unos cuantos de memoria, traducidos por Iriarte, Samaniego y otros fabulistas españoles.

Pero ahora, lo que nos interesa no son las fábulas de Esopo, sino la historia de las lenguas.

Pues señor... quiero decir, pues señoritas, Esopo a pesar de ser un escritor de mucho talento era un pobre esclavo. ¡Cosas raras que sucedían en aquellos tiempos!

Y, como esclavo, le servía a su amo de cocinero; pues tengo entendido que guisaba casi tan bien como escribía. (También yo escribo y guiso y además bordo y pinto y

muchas cosas más; pero me temo que ninguna de estas cosas las haga tan bien como Esopo).

Un día, el amo de Esopo le dijo que tenía invitados a comer y que quería obsequiarlos espléndidamente, y le ordenó que le guisase lo mejorcito que hubiese en la plaza.

Llegó la hora de la comida y el amo y sus invitados se encontraron con que Esopo les había guisado de primer plato lengua en escarlata, de segundo, lengua empanada, de tercero, lengua asada, de cuarto, lengua en salsa, de quinto... (bueno, no estoy muy segura de que las guisase precisamente así; pero lo cierto es que todos los platos eran de lengua).

Al llegar a los postres, el dueño de la casa, indignado, llamó a su esclavo:

—¿Qué es esto?—le preguntó severamente—¿solamente nos has puesto platos de lengua?

—Sí, señor—contestó Esopo sin inmutarse.

—Pero ¿no te había yo mandado que trajeras lo mejorcito de la plaza?

—Pues por lo mismo, señor, nada hay en el mundo mejor que la lengua. Gracias a ella, se entienden los hombres unos con otros; por medio de la lengua el orador pronuncia bellos discursos, el maestro enseña a los niños en la escuela, el general anima a sus soldados a defender a la patria y el sacerdote, en el templo nos enseña la religión.

Y siguió demostrando que lo mejor y más útil es la lengua; y el amo se consoló de aquella comida tan poco variada, con el orgullo de tener un esclavo tan ingenioso. Pero, luego le ordenó:

—Mañana me vas a guisar lo peor que exista; a ver si sabes descubrirlo tan bien como has sabido descubrir lo mejor.

Y ¿qué diréis que le sirvió en esta otra comida, el bueno de Esopo a su amo? Pues le sirvió lenguas, y nada más que lenguas.

¡Esta vez sí que se incomodó el amo! Llamó a su esclavo:

—¿Cómo te atreves—le dijo—a servirme lenguas cuando te pido lo peor?

—Señor—contestó Esopo tranquilamente—porque nada hay en el mundo peor que la lengua; con la lengua se miente, con la lengua se calumnia, con la lengua se blasfema...

Y le convenció. En cambio, yo no sé como convencerlos de las razones por las que he traído esta historia a colación; ¿no será porque vayamos a bordar lenguas? No, lo que vamos a bordar son bодоques y a mí los bодоques me hacen pensar en las lenguas de Esopo; porque si me pedís un bordado muy fácil os presentaré bодоques y si lo queréis difícil, bодоques; y bодоques si lo queréis soso y si lo queréis caprichoso, bодоques también. Parecen difíciles cuando no se tiene mucha práctica para hacerlos porque casi nunca salen redondos, con regularidad; pero cuando se tiene costumbre de bordarlos ¿hay nada más fácil que bordar un bодоque?

Son sosos, porque nada tiene de particular y sin embargo son caprichosos

por la diversidad de puntos que pueden emplearse en ellos, desde el sencillo cordón hasta el punto de Richelieu o festón, y desde el punto de nudo hasta el punto «a la inglesa», y desde el realce hasta otros muchos que resultan de un efecto igualmente bonito.

En fin, son monótonos, porque cualquier bодоque se parece a cualquier otro bодоque; y son variados porque disponiéndolos de mil maneras diferentes se logra con ellos otros tantos dibujos.

Sin contar con que los bодоques, que se bastan perfectamente para llenar toda una labor, o para formar preciosas cenefas, sirven como ningún otro motivo para realzar cualquier labor que sea, a poco que se les combine con unas vainicas o que se esparzan en las ondas de un festón.

En esta plana, os presenta algunas de las muchas combinaciones a que se prestan los bодоques; pero además siempre que hagáis una labor, un pañito, una mantelería, una prenda de ropa interior, podéis añadir unos cuantos bодоques en la seguridad de que avalorarán vuestro trabajo.

